

ahí. Resulta difícil aceptar que lo que se ve es una representación simbólica del mundo, «pero lo cierto es que no tenemos conocimiento directo de los objetos del mundo: lo que tenemos es una ilusión producida por la misma eficiencia del sistema».

Si lo que obtenemos en el acto generalizado físico-cerebral de ver es una «representación simbólica» mediante un complicadísimo proceso de células nerviosas, hay que convenir que cuando en términos tradicionales hablamos de «literatura simbólica», de imágenes o rituales simbólicos, en realidad nos estamos refiriendo a una segunda red simbólica, a un sistema de re-simbolización sobrepuesto a la simbolización que ya de por sí conllevan la visión y su intelecto, lo cual por fuerza —este ejemplo extensible a otras muchas nociones— ha de modificar nuestra idea de la realidad y de sus artes aprehensivas.

Un neurobiólogo exclama: «Por favor, filósofos, utilizad lo poco que nosotros podemos decir acerca de cómo son vuestros cerebros» (J.Z. Young). No extrañaría nada que algunos filósofos rechinaran los dientes. Pero lo que el nuevo panorama propugna, es la necesidad de abrirse en la especialización y que los valores espirituales, estéticos y morales no son ajenos al comportamiento de las células cerebrales y sus caldos de cultivo templados por la evolución y las influencias genético-ambientales.

Como complemento a la naturaleza de las facultades mentales, con pie más adentrado en sociología y política, es posible reseñar otros planteamientos que configuran la visión globalizante «sináptica» acreedora de los continuos cambios y la aceleración, no de la historia, como se dice, sino de la sociedad en sus crisis económicas, políticas, administrativas, tecnológicas, de repuesto, que en un ensamblaje común y primando la bien proclamada interrelación de actividades, conflictos, síntomas y prevenciones consiguen dar la imagen de nuestra hechura en el cosmos y en la parcela planetaria a la que el azar y la necesidad nos han arrojado.

Esto se compone tanto de efecto invernadero, ingeniería genética o revolución microelectrónica como de desigualdades económicas norte-sur, miserias migratorias, desempleos coyunturales-estructurales, demografía excesiva de países infradesarrollados, nacionalismos, ferocidad terrorista, multinacionales, organizaciones mafiosas, fabricación y venta de armas, narcotráfico, y de las nuevas fisonomías del poder, tramas y circunstancias que ya es inoperante analizar por separado, como dicen A. King/B. Schneider en *La primera revolución*: «Lo necesario es considerar juntos todos estos elementos como ángulos esenciales en el calidoscopio del cambio planetario», o Alvin Toffler en *El cambio de poder*: «Para encontrar sentido a los grandes cambios de hoy (...) necesitamos ver de qué forma se relacionan entre sí», o la «perspectiva panhumana» adoptada por la antropología de Marvin Harris. Todo lo cual demuestra que se trata de una

idea firmemente asentada pero que necesita ser llevada a la práctica, y «no hay más fin legítimo que el de los valores humanistas» (Lipovetsky).

El físico Murray Gell-Mann, uno de los dos teóricos que predijo la existencia del quark —partícula elemental que constituye el núcleo atómico— y quien lo bautizó sacando el nombre de una expresión de Joyce, es sumamente representativo para ilustrar el universo de las interconexiones. Calificado de «tenaz y universal pensador multipasional», su orientación se define claramente, según propias palabras, al querer presentar la síntesis que está emergiendo en los límites de la investigación acerca de la naturaleza del mundo: un estudio sobre lo simple y lo complejo que congrega con nuevos énfasis materiales procedentes de diversos campos de las ciencias físicas, biológicas, del comportamiento y de las artes y humanidades.

Sobre la terminología nietzscheana de «apolíneos» —lógica, análisis, evidencia— y «dionisíacos» —intuición, apasionamiento—, Gell-Mann se apunta al término «odiseicos» con voluntad de combinar las dos predilecciones anteriores en su búsqueda de urdimbre para las ideas particulares y universalizantes. Sin perjuicio de ser imposible abandonar la especialización y sus subclases, hoy «se encuentra gente que tiene el coraje de dar *un vistazo a la totalidad* además de estudiar las partes de un sistema a la manera tradicional».

Como finalidades, la especie humana debe evitar la guerra, la tiranía y la pobreza, así como la degradación de la biosfera y de la diversidad biológica y ecológica. La idea fundamental, dice Gell-Mann, es el logro de mayor calidad de vida sin que se adquiera a expensas del futuro. Es cierto que estamos más listos para recetar que para otra cosa, pero los programas reformistas presentados como modelos de futuro por estos analistas de visión global, se advierten plausibles, o, en cualquier caso, como los mayores garantes de aproximación a la realidad no lineal. De aquí que con el voto democrático no buscar al político culto y neohumanista, en tanto que recipiendario de poderes ejecutivos, es la mayor locura del siglo.

Hace veinte años Sicco Mansholt, ex presidente de la CEE, decía que el punto de vista científico es casi siempre sectorial y que si estuviera seguro de que existía la posibilidad de un estudio científico que abarcara todos los terrenos, no solamente los económicos y técnicos, sino también los culturales, políticos y biológicos, sería diferente. Pues bien, eso es lo que ahora ya se está entreviendo y nosotros epigrafiando, aunque la vocación «odiseica» no pasara de ser una utopía, un talante minoritario, y su aplicación práctica, tratando de captar la complejidad, se perdiera precisamente en la complejidad.

Si bien el sentido que podemos otorgar a esta convencionalmente denominada posibilidad de neohumanismo, que se entendería como ciencia

trascendida o propagada filosófica, poética y socialmente, con el empeño de incidir en un hipotético y revolucionario cambio de la condición humana («reforzamiento» pedía con otra cautela el biogeólogo Preston Cloud) mediante el conocimiento no especulativo del sí mismo, de las «tecnologías del yo» como diría Foucault, y en el entrecruzamiento de síntesis de especializaciones, no tiene por menos que incluir también ese enorme batiburrillo en que se ha convertido la posmodernidad, sus relativismos morales y multiculturales audiencias, en la medida en que éstas pospongan su, por otra parte, muy legítimo y sin menoscabo «color local», aparte problemas político-administrativos, para liberar aproximaciones a verdades estructurales de validez universal, sin entrar ahora en la polémica del multiculturalismo que se relaciona con lo ya tópico «políticamente correcto» y que, al decir de algunos autores, ha convertido lo que debía haber sido un reconocimiento general de la diversidad cultural «en un programa simbólico inútil, atascado en la jerga lumpen-radical» y en la retórica del separatismo cultural (Robert Hughes en *La cultura de la queja*).

También Harold Bloom en *El canon occidental*, y su belleza y ya un tanto anacrónica teoría del saber estético, donde parece que se trata la calidad de los escritores con criterios de «plusmarquista» olímpico, muestra especial animadversión hacia el multiculturalismo, que identifica en general con lo que llama graciosamente la Escuela del Resentimiento y en particular con el marxismo, el feminismo y el neohistoricismo académicos. Sin embargo, a Bloom, conocedor profundo de la gran literatura comparada, no se le puede criticar por el intento de institucionalización de la literatura, porque entonces ¿qué tendríamos que decir de todo ese batahólico conglomerado de premios, promociones, inflación valorativa, partidismos y pseudocrítica en que sin remedio se constituye la sociedad cultural?

En este orden vale diferenciar las culturas de la cultura, en el sentido de que las culturas dentro de una misma civilización representan peculiaridades de un contexto, y la cultura es el contexto mismo, sin ánimo de que el intento de búsqueda de valores universales sea considerado desviadamente un amago de totalitarismo. El cante flamenco, por ejemplo, es una manera de expresión peculiar andaluza y forma parte de las culturas, pero la expresión folclórica popular es una necesidad de todos los pueblos del mundo y así es como se puede entender que forma parte de la cultura, igual que la ingestión alimentaria, el comportamiento de los átomos, el agua para la agricultura, la teoría sistémica o la religión. Las culturas son un híbrido absolutamente legítimo, histórico, inevitable, pero me esfuerzo en pensar que la cultura es o debería de ser monogénica, supra, sin que esto sirva de excusa para entrar a saco con ánimo elitista y excluyente en su complejidad y alcance, como ocurre por ejemplo muy a menudo en ámbitos literario-domésticos, donde

numerosos ganapanes se arrogan derechos taxonómicos absolutamente gratuitos (y no aludo ahora a Bloom, que al menos este viejo buen profesor ha empleado cuarenta exhaustivos años de su vida estudiando y enseñando literatura, y su «canon» tiene algo de vocación testamentaria).

Si se comprendiera bien que las particularidades religiosas son sólo pintorescas y costumbristas, aunque determinadas por la historia y el medio, perderían gran parte de una pugnacidad que ha costado y cuesta demasiada sangre. La naturaleza humana, común en sus aspectos fundamentales, es la guía, una vez que se emerge —cosa no tan fácil— de ese fondo de reptiles donde pelean la posmodernidad, la posvanguardia, el posdeber, los multiculturalismos, las viejas humanidades, la voluntad de poder (¿no se nota que en cada pequeño individuo o entidad late un «gran» juez?), el equívoco universal, los dictámenes productivos e institucionales y el lado perverso de las progresiones tecnocientíficas (entre ellas la politización, ideologización y economización, J.F. Revel al habla).

Conviene advertir por lo demás, en otro plano, que uno de los grandes males que presenta el estudio de aspectos culturales, de sus rasgos, sesgos y riesgos, es de carácter denominativo y lingüístico. A través de la apresurada etiqueta pretendemos una coherencia y compacticidad que no existen. Por eso aquí se habla vagamente de sugerencia o «posibilidad» neohumanista a sabiendas de que se trata de una convención, ya apuntada. En cuanto inventamos la etiqueta estamos remitiéndonos ciegamente a una especie de clan sapiencial como el texto de los dogmas, y la intención, por supuesto, es otra, más de hipótesis de trabajo y tentativa que de abominable «ismo» consagrado. La relatividad de empleo e interpretación de las palabras es palpable y desesperante. A cambio, junto al problema, no tenemos otra cosa que palabras. Los hechos son superiores a las palabras, por supuesto, pero multitud de hechos provienen de palabras.

Habrà que reconfortarse pensando que los elementos y personajes evocados pueden ir más allá o quedarse más acá de las palabras y que la intención busca mejora, bienestar, entendimiento, que son razones tanto éticas como materiales; busca la verdad, aunque a veces, suponiendo que dificultosamente se la encuentre; tampoco se sabe mucho qué hacer con la verdad si no es una verdad «feliz» o si ciertas verdades son «buenas» en todos sus aspectos y en todas las circunstancias. Y la meta loca es que el proceso dialéctico provoque síntesis teleológicas estables y conclusas o que en su relatividad sirvan de poco discutible referencia. Mostrarse relativista a secas es tan inoperante como rechazar por completo el relativismo.

**Eduardo Tijeras**